

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID

Tres meses... 4)
Seis idem.... 8 pesetas.
Un año..... 15)

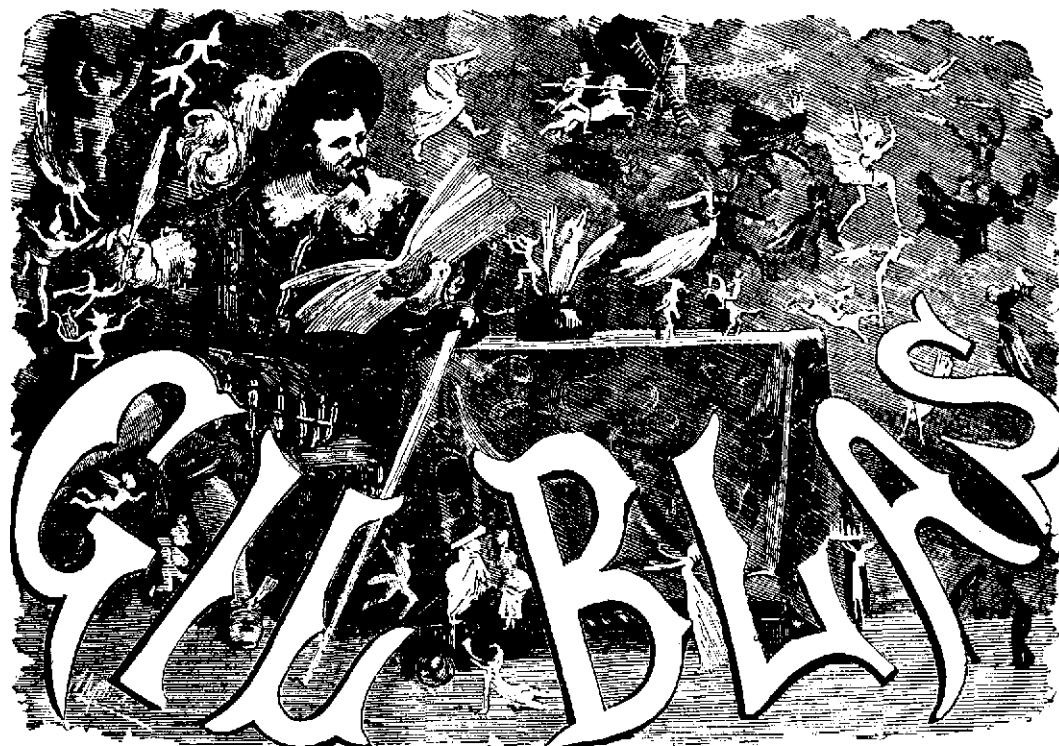
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes. Pago siempre adelantado.

NÚMERO SUELTO,
15 CÉNTIMOS

NÚMERO ATRASADO
25 CÉNTIMOS

Se admiten suscripciones en las principales librerías.

DIRECTOR
POLÍTICO Y LITERARIO,
A. SANCHEZ PEREZ



PRECIOS DE SUSCRICION

PROVINCIAS

Y
PORTUGAL

Tres meses... 5)
Seis idem.... 10 pesetas.
Un año..... 18)

ULTRAMAR

Y
EXTRANJERO

Seis meses... 20 pesetas.

OFICINAS

Calle de la Gorguera, 3,
principal.

La correspondencia debe dirigirse á D. J. Tarrazona, administrador de *El Globo*.

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS

DIBUJANTES: LUQUE, MELENDEZ, URRUTIA

SUMARIO

Crónica, por Gil Perez.—La Tertulia y Mateo, glosa, por Manuel del Palacio.—Tribunales: sala de lo criminal en verso, por Clarin.—Marolito el descontento, por Luis Taboada.—Literaturas, por Tomas Tuero—Medallon, por F. Moja y Bolivar.—*Ad syndicus*, soneto, por Manuel del Palacio.—Cabos sueltos.—Los malos y los tontos, por *Uno* (continuacion).—Anuncios.

Grabado: La gran corrida, por Demócrito.

CRÓNICA

Decididamente estoy muy á mal con estas costumbres de ahora; valían muchísimo más las de nuestros abuelos: es verdad que yo no las conocí, hablo sólo de oídas; pero no me nieguen ustedes que aquello del absolutismo era delicioso, y sobre todo sencillísimo. La autoridad negaba, pongo por caso, á una sociedad el permiso para reunirse; la sociedad no se reunía, y se acabó la historia. Esas eran verdaderas autoridades; entónces podía ejercerse el mando con toda tranquilidad, que no ahora.

Si los estilos no hubiesen variado, el gobernador de Madrid no se hubiera visto en el triste caso de inventar razones más ó menos pueriles para negar su consentimiento á la junta interina del sindicato, que pretendía celebrar reunion, y que al cabo la celebrará, porque esos síndicos son testarudos, y además por lo que yo decía ántes; porque ahora, ni hay mando, ni esto es tener autoridad, ni esto es nada. Pues como iba diciendo, el señor gobernador civil hubiera contestado á la pretension de los síndicos con un lacónico *negado*, y los síndicos se habrían dado por satisfechos. A la mano se hubieran ido los solicitantes en preguntar la razon de la negativa; ¿qué más razon que no querer el gobernador? Debería bastar, y áun sobrar con esa.

Pero hoy, las funestas ideas revolucionarias, infiltrándose traicioneramente en la médula del cuerpo social, han complicado por lamentable manera aquellos procedimientos primitivos; y cate usted aquí que topamos con las consecuencias. Ahora la autoridad, siempre respetable, se ve forzada á buscar fundamento para sus

determinaciones, razon para sus acuerdos, causa justificada para sus medidas; y como muchas veces no tiene uno tan á mano esas zarandajas de causa, razon, fundamento y demas pequeñeces inventadas por la demagogia perturbadora, suele suceder que la autoridad queda malparada, y su prestigio anda por los suelos. De suerte, que no solamente obliga á todo un ministro á buscar, ni más ni ménos como los demas mortales, argumentos para justificar sus actos, sino que despues esos argumentos son analizados y hasta—¡esto irrita!—hasta combatidos por un cualquiera, por un gaceti-llero que ni ha sido ministro en su vida, ni ese es el camino. ¡Así va todo!

Porque todo anda trocado y confundido desde que flotan en la atmósfera esas malditas ideas modernas, de que todos hablan y que nadie comprende.

Ahora diarios republicanos como *El Globo* se ocupan en la provision de curatos de Madrid: en cambio el obispo de Cádiz se entretiene en recomendar á su rebaño la suscripcion á periódicos políticos.

Los representantes del comercio y de la industria son encarcelados; y los ladrones que robaron en casa de Retortillo, andan libres por esos mundos.

Las masas condenan sin apelacion al Gobierno, y D. Alfonso gana tres premios en el tiro del pichon.

¡Cuando digo que las cosas andan mezcladas y confundidas! Por supuesto, que lo del sindicato está cada vez peor, y no se ve probabilidad de llegar á un acuerdo.

Dos periódicos, *El Porvenir* y *La Vanguardia*, han sido llevados á los tribunales por ese dichoso asunto del sindicato, y sin embargo eso no se arregla.

Yo asistí á uno de los juicios celebrados, y desde que oí al señor fiscal estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

Para el señor fiscal todo el que no paga, porque no puede pagar, incurre en delito de desobediencia á la ley, y de rebelion.

De suerte que para ese funcionario, la pobreza es rebeldía.

Pues, con harto dolor de mi corazon, me declaro rebelde.

Bien sabe Dios que no quisiera serlo. ¡Oh! Y á seguir las cosas como van, gracias al Gobierno fusionista, pobre será pronto la inmensa mayoría de los españoles.

Prepárese el ministerio fiscal á formar doce millones de causas, si la pobreza es rebeldía y desobediencia.

¿Cuántos españoles quedarán ya que no sean desobedientes y revoltosos?

GIL PEREZ.

LA TERTULIA Y MATEO

GLOSA

(Imitación de Gil Polo.)

Contando está su dolor
A la Tertulia, Mateo;
Y ella responde:—Señor,
Ni te entiendo ni te creo.

El dice:—Tertulia mía,
Mira cuál será mi pena
Que hasta tolero á Xiquena
Veinte sandeces por día.
Él hace de Cirineo
Mientras yo de redentor.
Y ella responde:—Señor,
Ni te entiendo ni te creo.

El dice:—Me dan empacho
De Camacho las medidas,
Mas ¿dónde un perdonavidas
Encontrar como Camacho?
Yo que se ausente desco,
Aunque otro lo haga peor.
Y ella responde:—Señor,
Ni te entiendo ni te creo.

El dice:—Mi gran placer
Fuera arreglar el cotárro
Satisfaciendo á Navarro
Y halagando á Balaguer.
Por la libertad peleo
Y al progreso tengo amor.
Y ella responde:—Señor
Ni te entiendo ni te creo.

El dice:—Para brillar
No todos pueden servir,
Y yo tengo, por azar,
Un Fiori para reir,
Un Gonzalez para hablar,
Un Campos para reñir,
Un Vega para ilustrar,
Un Leon para rugir,
Y un José para cazar.
Con todo esto que poseo
Y tu amparo y tu calor,
Seré inmortal en mi empleo.
Y ella responde:—Señor,
Te adoro, mas no te creo.

MANUEL DEL PALACIO.

TRIBUNALES

SALA DE LO CRIMINAL EN VERSO

Presidente.—¿Confiesa el acusado llamarse D. José Güell y Renté?

Acusado.—¡Aún tiemblo de placer! Tiemblo de miedo de haber besado su inocente boca.

Presidente.—A eso vamos. ¿Confiesa V. haber dado muerte á una chica, quiero decir, una vírgen de pocos años?

Acusado.—¡Mi beso la mató! ¡Perdon, Dios mío!
Fué de mi amor el último tributo.

Presidente.—¿Qué circunstancias alega el acusado que puedan atenuar su delito?

Acusado.—¡La amaba tanto...! El corazón henchido de angustia, de inquietud, de luto y pena...

Presidente.—¡Vaya una razón de pié de banco!... El amor no es una circunstancia atenuante. ¡Si fueran los celos! pero V., ¿no tenía celos?

Acusado.—No, señor, esos los tengo en otra composición, que dice á la letra...

Presidente.—¡Silencio! No acumulemos los procesos; yo sólo entiendo en este homicidio en cuartetos. Pero, vamos á cuentas. Dice el acusado que tenía el corazón henchido de luto.

Abogado fiscal.—Hago notar á la Sala la falsedad notoria de las declaraciones que hace el acusado; dice que tenía el corazón henchido de luto, y eso no puede ser, porque el luto no hincha, excelentísimo señor.

Presidente.—El estado de exaltación del acusado, que su defensor hace valer, ¿en qué consiste?

Acusado.—Como á la altiva, poderosa palma...

Presidente.—Nada de comparaciones palmípedas, al grano...

Acusado.—Así se anonadó la mente mía,
y cegaron mis ojos aturcidos...

Abogado fiscal.—Protesto contra el aturdimiento de los ojos... La vista se turba, se desvanece, se pierde, pero no se aturde...

Acusado.—Para llorar despues, y tristemente
recordar con espanto mi fortuna;
desgraciado, frenético, demente...

Abogado fiscal.—¡Contradicción! El acusado dice que llora, y antes ha dicho: «¡Quiero llorar, pero llorar no puedo!» ¿En qué quedamos, señor presidente?

Presidente.—Basta de conversacion. Al grano; cuente el acusado la historia del crimen. A ver cómo fué eso.

Acusado.—Corre, caballo, corre, que la noche
es á cada momento más oscura:
la luna luminosa el áureo coche
desciñe á su eternal cabalgadura...

Presidente.—Suplico al acusado que se explique con más claridad: ¿dónde se ha visto un coche que se desciñe á una cabalgadura, y además dígame V. á la luna que se apee, y pregúntela para qué le sirve el coche, yendo á caballo? Siga V.

Acusado.—El silencio en las cumbres adormido
las pardas nubes del espacio asombra...

Presidente.—Las pardas nubes no tienen por qué asombrarse del silencio dormido en las cumbres, y haga V. el favor de bajar á tierra firme y cantar claro...

Acusado.—Corre, caballo, corre...

Presidente.—Caballero, ese caballo va á reventar; póngale usted á un prudente paso de mula...

Acusado.—.....Que me espera
el ángel que á mi mente le da vida...

Presidente.—¿Ha dicho V. á mi mente?

Acusado.—Sí, señor, mente.

Presidente.—¡Bueno, bueno! Allá V.

Acusado.—Esas las torres son de su morada,
y las ojivas de su regia alcoba...

Presidente.—¿En qué quedamos? ¿Son torres, ó son ojivas?

Acusado.—Son las ojivas de su regia alcoba...

Presidente.—¿Cómo regia? ¿Se trata de una reinal ¡Un regicidio!

Acusado.—No, señor, es un decir...

El fiero bruto entre las sombras cae
 rendido de fatiga y sin aliento...
 mientras la muerte con temor me trae
 su triste adios en el ligero viento.

Presidente.—¿El adios del fiero bruto? Pero V. ¿a quién ha dado muerte? ¿A una doncella ó á una jaca?

Acusado.—¡Mi beso la mató! ¡Perdon, Dios mio!

Presidente.—Está V. perdonado, hombre.

Abogado fiscal.—¿Cómo perdonado? Protesto en nombre de los santos fueros de la justicia.

Presidente.—Pero si este señor no ha matado á nadie... si es irresponsable...

Abogado fiscal.—No importa; protesto entonces en nombre de los santos fueros de las Nueve Musas...

Presidente.—Eso es otra cosa. Condenado el Sr. Güell y Renté á ripio perpetuo.

Acusado.—(Delirando.) Corre, caballo, corre, que delira la mente loca...

Presidente.—Pero... ¿qué caballo es ese?

Apolo.—Es Pegaso, que le va á echar por las orejas.

CLARIN.

MANOLITO EL DESCONTENTO

Si yo llegara á ser diputado en la ocasion presente, con nadie me iría más que con los descontentos, porque son los que mejor lo pasan y los que más disfrutan, digan lo que quieran.

El descontento vive como el pez en el agua. Los periódicos le citan de vez en cuando; el país le contempla; los ministros le temen... ¡Si no hay vida como la suya!

Por supuesto, yo creo que ni los ministros le temen, ni el país le contempla; pero él se figura que todo esto es verdad, y de ilusiones vive el hombre, que dijo el profano.

La historia del descontento es una historia vulgar, aunque divertida.

Cuando llegó á Madrid con su acta de diputado en la cartera, venía así como aturdido, y al trasponer los umbrales del Congreso, saludaba respetuosamente á los porteros, suponiéndoles ministros; tropezaba en la alfombra, y ni sabía qué hacer del sombrero, ni dónde meterse las manos.

Más tarde, cuando fué á ver á Sagasta, de tal suerte le sobrecojió la presencia del jefe nato del constitucionalismo, que estuvo á punto de hincar en tierra la rodilla, creyéndose delante del Santísimo Sacramento, y dió un beso á un calorífero, por suponer, en su turbacion, que aquel artefacto era el hijo menor del presidente.

Las primeras sesiones á que asistió, causaron en su alma profundísima emocion: cuando oía sonar la campana llamando á capitulo, se apresuraba á penetrar en el templo augusto, todo emocionado, como aquél que teme que le reconvenjan porque se le ha hecho tarde. Si le acometía la sed, ni aún osaba llamar al portero (que, segun él, era una persona muy decente), para que no dijese que iba allí á hacer gasto; y así se estaba el infeliz las horas muertas, admirando la intrepidez de los diferentes Bosch que pueblan los escaños y esperando que recayese votacion nominal sobre cualquier asunto, para poder decir del modo más elocuente posible, á fin de ser oido en el banco azul:

—Fulano de tal: sí.

¿Y en el salon de conferencias? ¡Oh! ¡Cuánto disfrutaba el infeliz cada vez que el ministro de la Gobernacion, con aquella cara tan frescota que Dios le ha dado, venía á decirle:

—¿Que tal? ¿se va V. haciendo á esta vida? ¿Le prueban á V. estas aguas?

¡Qué buena persona era entonces el hoy descontento diputado de la mayoría! ¡Qué respetuoso y qué bien educadito! ¿Meterse él á enmendar la plana á nadie?... ¡Quiá! ¿Alzar la voz?... ¡Ni por sueños! Es verdad que aún no se había soltado, como quien dice, porque era tímido de suyo, y conservaba además puras las ilusiones respecto de D. Venancio, á quien suponía primo carnal de Narciso, por lo esbelto, y sobrino de Merlin, por lo sabio.

A solas en su casa de huéspedes, no hacía más que mirarse al espejo y palpase todo, para convencerse de que era el mismo que había nacido en Matapozuelos, y se había dejado tutear por el chico del hortelano, y había tenido relaciones con la sobrina del herrador más de dos años.

—¿Pero eres tú, Manolo?—se decía á solas.—¿Eres tú el diputado á Cortes por el distrito de Matapozuelos? ¿Eres tú el que se codea con los marqueses en el salon de conferencias y bebe agua con azucarillo en bandeja que parece de plata? ¿Eres tú el que figura en el *Diario de Sesiones*, diciendo sí ó no, como Cristo nos enseña? ¡Ah! ¡Si me vieses ahora aquellos envidiosos del pueblo!

Una noche fué á ver *Los Magyares* y se estuvo riendo como un tonto, mientras duró el dramita, que decía él. Al dia siguiente le preguntaba á un colega, tambien de los más rurales:

—¿No ha visto V. *Los Magyares*? Pues, hombre, véalos V. Es un drama de Echegaray, ese famoso teólogo.

En fin, no han visto ustedes, en toda su vida, un hombre más sencillote ni más á la buena de Dios que este diputado, ántes de que se descontentara.

Pero ¡ya se ve! las malas compañías fueron agriando poco á poco su natural benigno, y, como el personaje de Serra, se pasaba las noches leyendo, leyendo los periódicos, hasta que llegó á no parecerle tan despejado Martinez Campos, ni tan respetable Alonso Martinez, y ya no tuvo reparo en pedir agua á los porteros con ademan resuelto, y en tomar pastelillos en la cantina, públicamente.

Un dia estuvo á pedirle á Rico un empleo de tres mil reales para un consecuente constitucional que se había arruinado por la causa, y Rico, como de costumbre, no se lo dió. Fué á la direccion de Correos hasta catorce veces, y nunca estaba D. Cándido. Gonzalez Fiori... á Gonzalez Fiori le cogió mucha tirria, porque le dijo que había ménos destinos que españoles, y esto es para enojar á cualquiera, porque no debía ser así.

El hombre ya no pudo aguantar más, y despues de consultar á su familia, ¡cataplum! se metió de cabeza en la seccion segunda.

Y aquí comienza una de las etapas más dichosas para el diputado descontento.

Un dia escribió *El Liberal*:

«Dícese que el Sr. Fulano forma parte de la fraccion de los descontentos.»

El aludido compró una resma de *Liberales*, y despues de ponerles fajas cuidadosamente, y sin que nadie lo viera, fué á depositarlos en el buzón por su propia mano, ó por su propio pié, que tratándose del diputado suena mejor.

Otro dia le llamó aparte un ministro para decirle:—Pero, hombre, ¿es V. de esos?

—A mucha honra, contestó él irguiéndose cuanto pudo.

Y ya, de patitas en la fraccion de los díscolos, su vida fué una continuada serie de bienandanzas, porque á lo mejor le decía un amigo en la calle:

—Ya le veo á V., ya le veo á V., picarillo, dando que hacer al Gobierno.

—¡Psch! Esto tiene que caer, contestaba él.

Al dia siguiente le escribía su cuñado:—Así, así, duro en ellos; que tu nombre vuela ya por estas regiones y por las otras...»

En la actualidad, el diputado descontento medita un discurso

atroz para cuando se abran las Cortes; pero ántes quiere que el Gobierno lo sepa y tiemble, á ver si le tapa la boca con una cartera ó una embajada, ó aunque sea un estanco en sitio céntrico.

Y en el ínterin—que dice *La Epoca*—él acaricia las más risueñas hipótesis, y se cree objeto de todas las conversaciones y blanco de todas las miradas.

Apénas oye hablar de crisis, se va corriendo á casa y saca el frac para pasarle un cepillo, no sin preguntar ántes á la patrona si ha venido la lavandera con las camisas, y si le han traído algun recado de palacio.

Así vive dichoso nuestro hombre, y así vivirá mucho tiempo, esperando siempre que le llamen de cualquier parte, ya para conferenciar, ya para darle una satisfaccion, ó ya para corromperlo con un empleo.

Miéntras esto no llega, el diputado descontento se mete todas las noches en la cama, diciendo para sí:

—Vamos á ver, Manolo: ¿por qué estás descontento? Seamos francos. ¿Es porque el ministerio no cumple en el poder las promesas hechas en la oposicion? No, señor, eso á ti te tiene sin cuidado. ¿Es porque reina el desbarajuste administrativo, y Camacho agobia al contribuyente? No, señor. ¿Es porque siguen cometándose los abusos de siempre, y continúa imperando la inmoralidad y el ágío? No, señor. Pues entónces, ¿qué produce tu enojo, Manolito de mi alma?—Es que se me ha sentado en la boca del estómago el subsecretario de Hacienda.—¡Acabáramos, Manolito!

LUIS TABOADA.

LITERATURAS

Acabo de leer el prólogo de un libro, recientemente publicado, y ya que de la obra en sí no he de decir nada en todo lo que me resta de vida, porque habría que leerla, lo que es el prólogo no puede pasar sin correctivo más ó ménos ligero.

Yo no sé cómo los poetas, los novelistas, los escritores de mérito, en una palabra, no se indignan ante este espectáculo diario... No se ha visto jamas semejante anarquía; un caballero estrena un drama, acontecimiento que ha de pesar tanto en la balanza de la historia, como si hubiera estrenado una levita, y le ponen de genio al día siguiente, y de reformador, y de audaz... Como que los defectos que le acusan los hacen proceder, directamente, de aquel genio que Dios le ha dado, conviniendo todos en que, más adelante, á medida que se domine, esto es, cuando el genio sepa hacerse algo cuco, sus dramas serán lo que hay que ver...

¡Señores, por Dios, haya formalidad! ¿Qué pensará el Sr. Echeagaray de esas ovaciones, que, en definitiva, vienen á ser como las que le hacen á él, aclamacion más ó ménos? ¿Es posible que deje de sentir cierta amargura desdeñosa hacia esa gloria que le ha costado tanto, y que de tal manera se prodiga despues, por más que no prevalezca, ni cosa que lo valga? ¿Qué significan esas coronas, si las vemos tiradas por la calle?

Pues tocante á la *lirica*, si yo me llamara Nuñez de Arce ó Campoamor, y viera aplicarme los elogios con igual medida que al señor de Martínez cantor de *La luna llena*, ó al Sr. Menendez, notable admirador del Cosmos, que le inspiró unas *armonías*... les digo á Vds. que, no sólo colgaba el arpa de los oscuros sáutes, sino que la rompía terminantemente. Debe causar cierto rubor el que le llamen á uno gran *lirico*, desde que se lo han llamado á un señorito que vive en el tercero, izquierda, de mi casa, y que anda muy ancho por ahí.

Héme ya en el asunto.

El Sr. Blanco Asenjo escribe un prólogo galeato á un Sr. Chaves, y habla de él como si se tratara de la catedral de Colonia.

Por lo pronto, el Sr. Chaves parece ser un jóven de nuestra edad,—de la de los Sres. Blanco y Revilla,—más bien bajo que alto, de complexion nerviosa y delicada, rostro pequeño, sonrosado y sanguíneo, y ojos pequeños tambien, pero llenos de inquietud y viveza.

¿Y qué nos importa á nosotros que el Sr. Chaves sea nervioso y

sanguíneo, y que tenga los ojos pequeños, pero llenos de inquietud y viveza?

Yo sé cómo eran Lamartine, Goethe y Voltaire; yo miré cara á cara á Galdós, y hasta sentí curiosidad, un día, por conocer á don Cándido Martínez... Pero ¿qué tengo yo con la figura del Sr. Chaves, que Dios se la conserve íntegra?

Resulta, además, según el Sr. Blanco, que este escritor tiene una cualidad estimable y que adorna á muy pocos; su pluma es universal en los asuntos y empresas que acomete; lo mismo escribe un artículo político ó económico que un poema, un trabajo crítico que una narracion amena y descriptiva.

Paso por eso. Que el Sr. Chaves tenga una pluma que lo mismo sirva para un barrido que para un fregado, ya es dato que puede consignarse. Eso es muy útil en una redaccion para lo que llaman rellenos. Despues de un artículo sobre el Bolsín, una narracion amena ó descriptiva, ó un suspirillo germánico, es admirable para quitar el amargor de la boca.

Entiéndase, sin embargo, continúa el Sr. Asenjo, que de esta multiplicidad de actividades y tendencias no se deduce que este escritor, abarcando todos los géneros, carece de propia personalidad.

Aparte de que no se deduce, consta la preexistencia de esa personalidad más arriba.—Ojos pequeños, más bien bajo que alto, etc.

Es triste confesar que desde los tiempos de Larra—sigue el Plutarco de Chaves—en este país, ó no se lee nada, ó se lee poco; de resultas de esto, se origina un dilema que parece absurdo; se escribe mucho ó no se escribe nada.

Estoy conforme, en una buena parte, con eso. Pero creo que el mal es más hondo. Acaso transigiría yo en que no se leyera á Chaves, siempre y cuando que se leyeran ciertos libros. Pero desde los tiempos de Larra hasta los tiempos que corremos, no se pudo poner remedio á la cosa.

En el sentir de Blanco Asenjo, Chaves es poeta ante todo. Y no poeta así como se quiera, sino poeta legendario, sobrio en las pinturas—y hace muy bien—lleno de verdad—de verdad decir—fácil en el diálogo—como que es sobrio en las pinturas—sonoro en la construccion de los versos—que harán despues de contruidos—los cuales tienen todos algo de la armonía y del sabor de aquellos que se escribían en tiempo de Tirso y Lope, de Calderon y Moreto—de los que se escribían entónces, pero el Sr. Blanco huye de complicarlos con los que escribieron los propios supradichos. De esos, no ya el sabor, ni el olor.

Es un poeta nacional.

Tambien el tabaco. Eso no es decir nada.

Tuvo inclinaciones al *pequeño poema* y á la *dolora*...

¿Conque tuvo, eh? ¡Ya me lo figuraba yo! ¿Y haría versos en prosa sencilla, no es así? ¡Ese Campoamor tiene que dar cuenta á Dios de muchos Chaves!

«Ama al siglo xvii con delirio, al propio tiempo que se revuelve contra las preocupaciones y errores de una época que se le hace tanto más aborrecible, cuanto que á sus inquietas aspiraciones no le bastan ni los adelantos, ni las revoluciones del presente.»

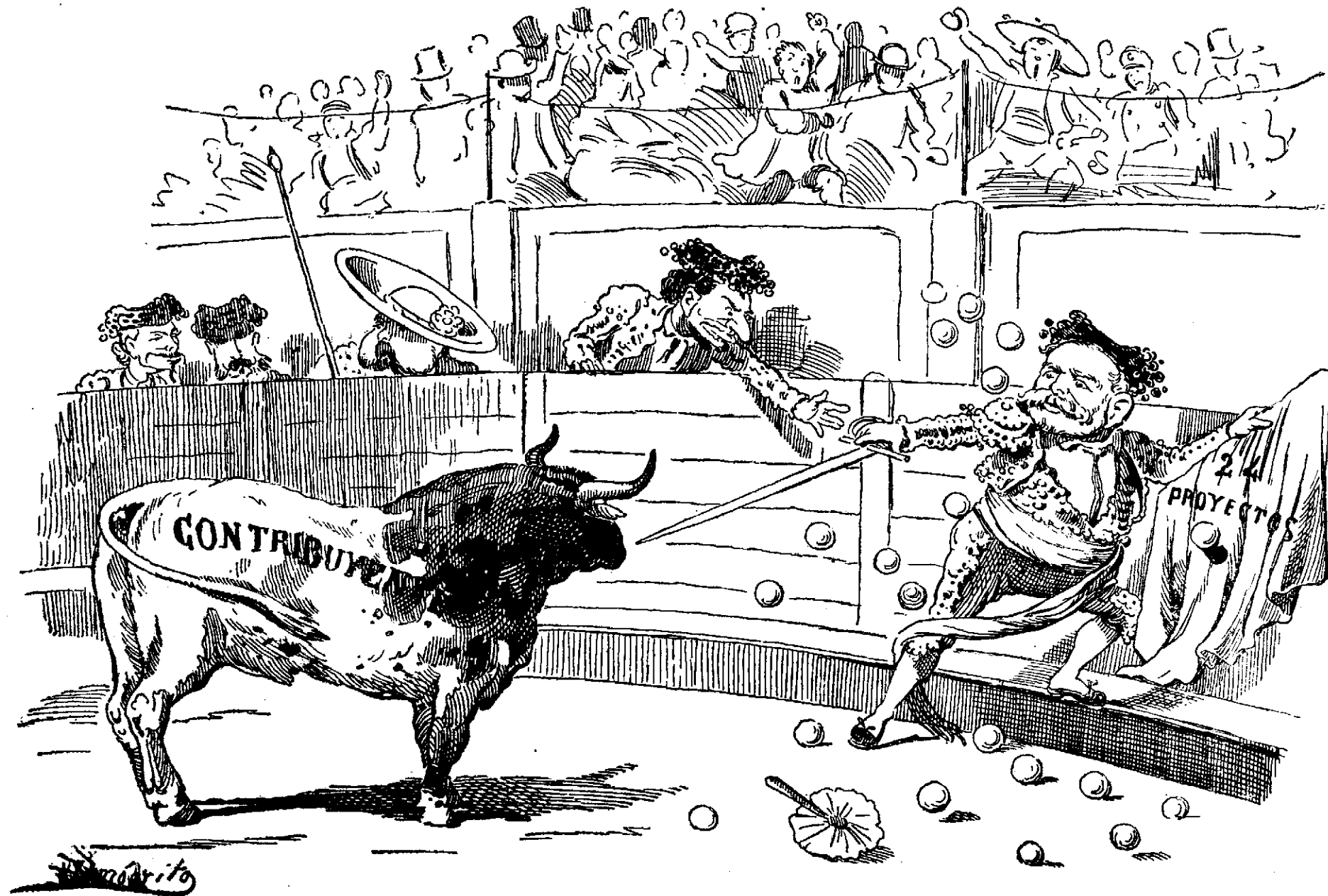
Enamorarse del siglo xvii es bonito y de pocas consecuencias. Algunos disgustos me hubiera evitado yo de haberme enredado con uno de esos siglos que pasaron; pero esta maldita afición á las señoras me hizo descuidar esos grandes amores de los poetas legendarios. El Sr. Blanco indica las posibles aventuras que corre el que ama al siglo xvii. Damas de larguísima mantos, dueñas de blancas y reverendas tocas, nobles de terciopelo vestidos, soldados de amarillos coletos, acuchillados en Flandes, rufianes desarapados, cortesanos y poetas, busconas y celestinas, verbenas de San Juan... todo esto, bien sentido y amado, ¡cuántas hermosas dichas engendrará en un espíritu soñador! Y habiendo tales elementos en los mundos de la fantasía, ¡ande V. por ahí detras de Lola, para encontrarla á lo mejor entretenida con un capitán de ingenieros!...

¡Qué mucho que á las *inquietas aspiraciones* del Sr. Chaves no le basten ni los adelantos ni las revoluciones del presente!

Lo que ya me parece excesivo es que el Sr. Blanco aconseje á Chaves que se vista con la siguiente vestimenta: gorguera de encaje, ferreruelo gregüesco, el ancho fieltro con pluma, la capa terciada y la espada de cazoleta... Por más que el Sr. Chaves asegure que para él es ridículo estorbo el pantalon largo, el sombrero de copa y la levita de tiras, eso, que no es nuevo, no debe tomarlo á la letra... Aparte de que no hay que exagerar la fealdad del traje moderno: un chaqué enérgico y ceñido, viste bastante bien hoy.

Sobre todo, por mí, aunque ande desnudo.

LA GRAN CORRIDA, POR DEMÓCRITO



EL MATADOR, TOMANDO EL OLIVO.—Señó maestro, que yo no puedo con ese bicho.
EL MAESTRO.—Pues á la cárcel con él.

El Sr. Blanco Asenjo concluye afirmando que la crítica debe tener más de psicología que de retórica.

Lo que debía tener la crítica era más miramientos.

Críticas, prólogos de esa clase, en que se presenta á un joven, quizá excelente muchacho, tal vez de porvenir, como un genio completo, como una personalidad que se destaca vigorosamente en una literatura, fantaseándolo y haciéndolo enamorarse de los siglos, eso sí que es retórica, y locura, y vanidad.

No hay nada más ridículo que jugar á los literatos.

TOMAS TUERO.

MEDALLON

Es de piedra, y debe estar colocado á la entrada de la sacristía de la iglesia militante. Contiene dos bustos perfilados, dos devotas típicas en los tiempos que corremos.

Salomé representa la chupalámparas sublime. Ha leído los místicos; tiene confesor para los pecados y director espiritual para las consultas; distribuye el día en una serie de prácticas religiosas; fomenta asociaciones del ramo; gasta camándula para apuntar las faltas veniales, y no usa más que un vestido de sarga negra, con lo cual sirve á Dios, edifica al mundo, y halaga sus propios instintos de economía. Esto no obstante, para que no se la suponga refida con el buen gusto, sepulta bajo espesa capa de polvos de arroz las imperfecciones cutáneas del rostro.

Desde muy joven demostró la repugnante soberbia, que disfraza con el manto de la humildad evangélica. Reconociéndose inferior en hermosura, en discreción, en fama; plebeya por la cuna, por el marido; pasando inadvertida á los ojos de la sociedad, que se complace en mirar solamente lo que llama su versátil atención, Salomé busca á Dios, por rebajar á los hombres; cultiva la virtud, por elevarse sobre las pecadoras ensalzadas; se entrega en su dormitorio á prolongados ejercicios espirituales, por huir de la gente. Pide amor divino, porque no se siente inclinada á enardecerse con ninguna criatura mortal, y cuando habla del amor al prójimo es como si tratara de la manera de hacer horchata de chufas.

Entusiasta admiradora de los jesuitas, cree que, poniéndolos en los cuernos de la luna, ha pulverizado las reputaciones científicas y borrado toda la sabiduría del siglo. La institución de San Ignacio es para esta ignorante recurso eficaz que le permite dar rienda suelta al orgulloso despecho que llena su alma. Ante los hijos de Loyola, ¿qué son los míseros seglares? ¿qué es el mismo clero? Ante su director espiritual, prudente en el consejo, suave en la persuasión, profundo en sorprender los movimientos interiores, acertado en los remedios, infalible en los vaticinios, ¿qué significan la vulgar experiencia de su esposo y el rutinario sermoneo del confesor? ¡Bendito sea San Ignacio, pues en su nombre puede despreciar á medio género humano!

Para vengarse de las mujeres, ha escogido una amiga, una simple, fanática, pobre, oscura, fea, solterona por vocación, y vanidosilla. Alabándola incessantemente, menosprecia á las listas, á las guapas, á las ricas, á las que por sus cualidades ó por su buena suerte despiertan la envidia de las demás.

2

LOS MALOS Y LOS TONTOS

Llega, por último, al portal; y Perico, que ya adelantaba el pié para buscar otro escalon, parece asombrado de que tan pronto se le haya concluido la escalera: adviértese en él la intención, muy pasajera, de tornar al punto de partida; pero sale resueltamente á la calle.

No le perdamos de vista: hay quienes para trances apurados sólo hallan solución en el suicidio. Si Perico fuera uno de ellos, deber nuestro sería evitarlo, y lo evitaríamos. Y á decir verdad, todo induce á creer que nuestro protagonista abriga intenciones siniestras; desde una de las calles estrechas, oscuras y desaseadas que forman el intrincado laberinto conocido por barrio de la Morería, dirígese Perico á la calle de Don Pedro; desde allí, sin vacilaciones, sin dudas, ántes bien con resuelto y seguro paso, endereza su camino hacia el viaducto: corramos en pos, evitemos la catástrofe: los guardias no siempre lo consiguen, sobre todo cuando el desesperado lleva formal resolución de suicidarse. Cerca ya del funesto sitio, Perico apresura el paso, colocándose en pocos segundos á gran distancia de nosotros: si precipitamos nuestra carrera,

Orosia (que así se llama la predilecta de Salomé) siente una satisfacción especial cuando ésta la compara á Santa Teresa de Jesús. Verdad que no tiene el rostro agraciado de la ilustre doctora, ni su clara inteligencia, ni su ardiente corazón, ni su carácter decidido, ni sus celestiales trasportes, ni siquiera su buen humor, y no se le parece en la vida azarosa y el continuado trabajar; pero si ambas han de ser, Salomé y Orosia, la una por soberbia satánica, la otra por simplicidad risible, superiores á las del sexo, es preciso que cada cual se lo figure de sí misma, y lo diga de su compañera.

Salomé no va al templo cuando va el vulgo de los fieles, ni es piadosa á son de campana. Frecuenta el confesonario cuando no hay cola; frecuenta la mesa eucarística cuando no hay concurrentes; pertenece á las archicofradías aristocráticas, cuando desempeña en ellas algún cargo. No le agrada, le repugna, el papel de devota al estilo de las viejas y de las holgazanas. Ella pica más alto; ella aspira á la perfección; tiene largas encerronas con el jefe de su alma; osa comentar el Kempis; se ofrece como víctima en aras del deber, si la autoridad conyugal reclama ciertos derechos; y á no ser por las impurezas con que el comercio matrimonial la deslustra, si su torpe esposo se decidiera á buscar el reino de Dios por el camino de la absoluta continencia, intentaría ella ensayos de éxtasis, y ¿quién sabe si después de muerta se veneraría su imagen en los altares!

Como detalles accesorios, diré que Salomé no tiene hijos, que lleva las uñas de luto, manchas en el vestido, y que no le dura la criada un mes.

Tecla es devota perteneciente á la masa común, de esas que llevan sus sillitas de tijera en el brazo para sentarse en el templo. Sobrina de un capellán, acostumbrada desde niña á que los curas amigos de casa la llamaran *chiquita*, dándole golpecitos en las mejillas, todos los señores sacerdotes son iguales ante su respeto, y lo mismo ante su charla; pues se muere por hablar con ellos de tonterías é insustancialidades, como las que diría una calabaza á un melon.

La juventud de esta infeliz, que ha llegado á la edad madura sin un compañero que la proteja, trascurrió en devaneos que el bueno del capellán ignoró siempre. Dueña absoluta en la casa de su tío, acostumbrada al mando y á un decente pasar, cuando la muerte de aquél sobrevino y los intereses se repartieron, Tecla se quedó para vestir imágenes, sin otros recursos que un poco de dinero y el menaje del difunto. Con ellos puso una casa de huéspedes, destinada especialmente al brazo eclesiástico.

Su mística se reduce á llevar hábito cuando sale de alguna enfermedad, á ofrecer novenas para el logro de alguna gracia ó realización de algún proyecto, á escuchar el mayor número posible de sermones, á parecerle buenos todos los curas y frailes de la cristiandad, á rezar el rosario por las noches, á almacenar en su cómoda chucherías de monjas, y á un cúmulo de exterioridades y oraciones que practica y dice por máquina y sin sentido.

El principal objeto de su devoción, así como la prenda de valía que conserva de su antiguo esplendor, es un Niño Jesús de talla, tamaño natural, vestido de brocado, con potencias de plata, y metido en una urna de caoba y cristales; ántes que deshacerse de él perdería una mano.

Los objetos de su cariño son: una gata muy blanca, un canario muy amarillo, y un papagayo muy verde. La gata, en determinadas épocas, alborota la

puede oírnos y advertir que le seguimos, con lo que, en vez de evitar la desgracia, podríamos anticiparla; necesario es, por consiguiente, que corramos sin que él descubra que le seguimos; por allí va, ahora penetra en el viaducto, cada vez anda con más ligereza; bien se echa de ver que busca el sitio en que la profundidad es mayor; aquel punto, cuya altura produce vértigos, desde donde se ve á vista de pájaro, como una cañada desde un monte, la calle de Segovia; indudablemente lleva el propósito de arrojar desde allí; pero no, no; no se detiene, ni mira siquiera; continúa adelantando; ya llega á la salida del puente, ya está en la calle Mayor.

Digo á Vds. que no había respirado hasta ahora: séame lícito cobrar aliento; bien lo necesito. Confiesen Vds. que habría sido triste y de mal agüero salir á caza de una novela y tropezar con un suicidio: afortunadamente todo se arregló del mejor modo posible; nuestro Perico es de esos hombres fuertes y animosos de quienes dijo el poeta: *fortiter ille facit qui miser esse potest*; podemos darnos la enhorabuena: más afortunados que Diógenes, hemos tropezado con un hombre á la primera tentativa.

De esos encuentros no se ven todos los días; procuremos no perderle de vista: y pues hemos reposado un instante, continuemos en su seguimiento. ¿Dónde está? ¿Se perdió? No, allá le veo; en este momento cruza la plaza de la Villa, y sin fijarse en la revocada torre de los Lujanes, vuelve la cabeza para mirar el reloj del ayunta-

vecindad con sus maullidos, á consecuencia del sistema prohibitivo que impone su ama, con el fin de que no padezcan en la casa los fueros del pudor ni la hermosura del animal. El canario canta que se las pela, devorando lechuga y bizcochos, con detrimento del bienestar de los huéspedes. El papagayo no dice nada; está disecado, y domina la situación desde lo alto de un armario ropero. En vida fué célebre por la claridad con que decía la oración de San Antonio.

Es probable que, en muriéndose el canario y la gata, no tenga fuerzas la desdichada Tecla para sobrevivirlos, y en dulce tránsito se vaya á la eterna Jerusalem, á gozar de la bienaventuranza que tantos predicadores han deseado para ella al final de sus discursos sagrados.

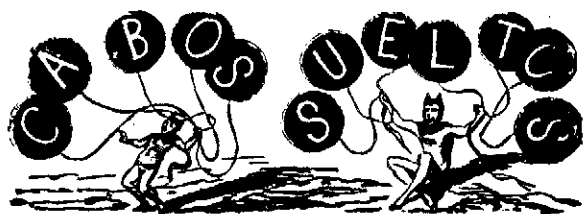
F. MOJA Y BOLÍVAR.

AD SINDICUS

SONETO

—Se ha salvado el país: ¡viva Niquenal!
La cuadrilla de ricos industriales
Que sembró en las regiones oficiales
Terror y luto, y desconcierto, y pena,
Tres noches hace ya purga en la trena,
Mientras siguen Camacho y sus leales
Exprimiendo á placer la bolsa ajena.
¿Quién contra la exacción toca á rebato?
¿Quién desconoce de la ley el fuero?
La libertad, ¿no vale un sindicato?
Pues pagar y aplaudir es lo primero;
¡Y si queréis ministro más barato
Con Angulo y Gonzalez os espero!

MANUEL DEL PALACIO.



En la plaza de San Miguel fué detenido la otra noche un eminente tomador, no sin haber antes herido, con las mejores maneras, á un individuo de la ronda.

El ilustre agresor ingresó en la cárcel de Villa, y en breve, según costumbre, volverá á honrar las calles de la capital, ilustrándolas con sus distinguidas fechorías.

miento; prueba inequívoca de que para Perico es más interesante la hora presente que todos los siglos pasados.

Después de haber mirado Perico el reloj de la comunidad, estira, para entallarla bien, su raída levita, quita cuidadosamente con el pañuelo el polvo de las botas, que no se distinguen ciertamente por lo íntegras; arregla el lazo de la corbata, una sonrisa entre irónica y suplicante se dibuja en su expresiva fisonomía, y así compuestos su semblante y sus prendas de vestir, penetra resueltamente en una casa de pobre apariencia y antigua construcción situada en la Cava de San Miguel.

CAPÍTULO II

Ejercicios de sable.

Largo y estrecho era el portal, empinada y oscura la escalera; Perico atravesó resueltamente el uno y emprendió no menos resuelto, bien que buscando á tientas el pasamanos, la difícil ascension de la otra.

Y no exagero al llamarla difícil, que no es en verdad cosa fácil subir una escalera que, sobre tener poco más de setenta y cinco centímetros entre peldaño y peldaño, es resbaladiza y dura, amén

Cuentan que un opulento capitalista, muy conocido por sus tratos con el Gobierno, cuando leyó en un periódico que el insigne Moreno Nieto ha dejado á su familia, por todo capital, treinta pesetas, no podía dar crédito á sus ojos.

«Faltaré ahí alguna palabra, decía: serán treinta mil, ó treinta millones.»

Logró al cabo convencerse de que sólo eran treinta pesetas, seis duros: y no pudo ménos de exclamar, sonriéndose con olímpica compasión:—¡Bah! ¡Pues si decían que tenía tanto talento!

Decía un aficionado hace pocos días:

«El gobernador de Valencia ha disuelto el sindicato.

Vamos progresando en esto de castigar síndicos.

En Madrid los encarcelan.

En Valencia los disuelven.

El gobernador que siga los aniquilará.»

En efecto, no un gobernador, el Gobierno los ha dado muerte.

Los periódicos de París contienen estos días interesantes relaciones acerca de D. Carlos (el rey que rabió), las cuales no reproduzco, para no ruborizar á los repartidores.

En ellas figura Carlos, el piadoso, como protagonista de escenas capaces de quitar la devoción al mismo Orti y Lara.

«Carlófilos que teneis hijas, cuando vayais al extranjero, atrancad la puerta y sujetad á Carlos por el ramal!

Al marqués de Retortillo le robaron la otra noche, penetrando los ladrones por el balcón.

Los guardias no supieron nada.

Estaban todos vigilando á los síndicos, para que no se retrataran en grupo.

Los sombrereros han acordado cerrar sus tiendas por no poder pagar la contribucion.

Y el Gobierno, para evitar el conflicto, va á disponer que en lo sucesivo nazcan los niños sin cabeza.

El diestro Paco Romero
Ha entrado en el redondel.
Venancio, toma el tablero,
Que oficia de puntillero
Y hay que andar listos con él.

Leo en un periódico de provincias el siguiente anuncio de las obras puestas en escena por una compañía de zarzuela:

Una onza.

En las castas del toro.

¡Anda, valiente!

de recibir escasa luz por una menguada claraboya que allá, muy alta, muy alta, se distingue apenas, como puede distinguirse desde grandes profundidades el brocal de un pozo. Como cosa de cincuenta escalones habría contado Perico sin tropezar con una sola puerta, cuando oyó sobre su cabeza ruidosos pasos, como de persona que descendía: alzó su vista, y á la dudosa luz que allí llegaba, pudo vislumbrar un enorme grupo, que al pronto no acertó á definir, pero que al cabo se dió á entender que era un aguador en compañía de su cuba. El aguador, al advertir que una persona subía, se había detenido; Perico, al notar que la cuba y el aguador bajaban, se detuvo también; el aguador miraba á Perico, Perico miraba al aguador, como si cada uno esperase que el otro resolviese la dificultad que se ofrecía.

De continuar bajando el uno y subiendo el otro, el choque era inevitable; pensar que por el mezquino tramo en que apenas cabía un hombre regular, habían de pasar dos sin estrujarse recíprocamente, era pensar lo imposible; pedir elasticidad á las paredes, habría sido locura; necesario era, por consiguiente, ó que Perico bajase, para tornar á subir, ó que el aguador subiese, para volver á bajar. Lo primero no acomodaba á Perico; lo segundo desagradaba al aguador; pero como al cabo algo había que hacer, y no era cosa de pasar la vida mirándose uno á otro, rompió Perico el silencio, y dijo:

Los periódicos hablan de la enajenación mental del duque de Baños.
Y de la oposición de D. Francisco de Asís á que lleven al enfermo á un manicomio.
No hay para qué ocuparse en esas meticulosidades angustas.

En el baile de Piñata que en obsequio de la prensa periódica se celebró en la Comedia, hubo muchísima gente.

Concurrente hubo que á las tres exclamaba pugnando por salir del salón, y enjugando el sudor que bañaba su frente: «¡Bien se conoce que este es baile de la prensa; está en carácter!»—¿Por qué? Porque estamos todos prensados.

Dice el adagio: «donde estuvieres, haz lo que vieres.»
Hagamos, pues, lo que todos hacen, y preguntemos:
¿Qué pasa en Cuba?
Si puede saberse.

Leon (1) aseguró á sus compañeros de Gabinete que nada de extraordinario sucede en Cuba.

Sirva esta noticia de contestación á la pregunta que hacemos en este mismo número.

Imitemos á los periódicos de noticias.

(1) Y Castillo.

El gobernador de la Coruña pasa desde dicho gobierno, que es de primera clase, al de Jaen, que es de tercera.

¡Miren cómo subo, subo!

A otra combinación, si hay tiempo para ella, asciende á secretario de gobierno civil este afortunado fusionista.

El Consejo nocturno de ministros tuvo importancia.
Se acordó en él que el día 20 de Marzo reanuden las Cortes sus tareas.
Tres horas estuvieron reunidos los ministros para tomar ese acuerdo y algunos otros de menor cuantía.

Y á todo esto, la corte matando pichones.

Y el ministro de Fomento persiguiendo caza mayor.

¡Y nublado!

Ha entrado en la redacción
Del periódico *La Unión*
El escritor balbuciente
Don Vicente
De La Fuente
Y Condon.

MADRID.—Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7, bis.

SECCION DE ANUNCIOS

PEDRO BARRERE

11, PLAZA DE BILBAO, 11.

Especialidad en artículos para ebanistas y tapiceros.—Surtido completo de galerías y bastones para portiers.
Última novedad en transparentes.

11, PLAZA DE BILBAO, 11.

CLASE ESPECIAL

DE TENEDURÍA DE LIBROS

Aritmética mercantil y reforma de letra, bajo la dirección de D. FRANCISCO GARCIA CARRILLO.

Hay clases de día y noche.
PRÍNCIPE, 13, 3.º, DERECHA.



LISARDO SERRANO Y HERMANO

13, Montera, 13.

FABRICANTES DE PARAGUAS, SOMBRILLAS Y BASTONES

Especialidad en sombrillas y abanicos. Alta novedad.

PLATA MENESES

FÁBRICA Y FUNDICION DE METALES

LEONCIO MENESES É HIJO

DORADORES Y PROVEEDORES DE LA REAL CASA

GLORIETA DE QUEVEDO, NÚMEROS 4 Y 6, Y MAGALLANES, NÚM. 10

MADRID

ALMACEN Y DESPACHO CENTRAL:

PRÍNCIPE, 7

Sucursales....	{	Manuel Menezes.....	Barcelona.
		Pedro Maseda.....	Habana.
		Foch y Compañía.....	Manila.
		Quintana hermanos.....	Méjico.

A. L. DE SAN ROMAN

5, Carrera de San Jerónimo, 5.

Gran almacén de vinos nacionales y extranjeros de todas clases y precios.
Vinos de mesa, 9 pesetas arroba.

SERVICIO Á DOMICILIO

5, CARRERA DE SAN JERONIMO, 5

LA PALMA

VALENTIN ROBREDO

11, Príncipe, 11.

Encajes, bordados, pasamanería. Artículos alta novedad.

11, PRÍNCIPE, 11

GRAN EXPOSICION

DECORADO DE HABITACIONES

MUEBLES Y SILLERIAS DE TODAS CLASES

Venta todos los días de 9 de la mañana á 9 de la noche.

Exposicion sin venta, mártes y viérnes de 7 á 9 de la noche.

3, Costanilla de los Angeles, 3.

GRAN FOTOGRAFIA

F. AMAYRA

SUCESOR DE JULIÁ

PRÍNCIPE, 27

Retratos novedad por el nuevo procedimiento **RELAMPAGO**; especialidad en retratos de niños.
Precios económicos. Véase la nueva Exposición.

CAMISERÍA, GUANTES Y CORBATAS

11, PRÍNCIPE, 11

Novedades de París y Londres.

JOSÉ VIDAL

11, Príncipe, 11.